

El libro técnico: un ejemplo de literatura ambiental

Pedro Poveda Gómez

Queridos compañeros, amigas y amigos: Es para mí un honor compartir en este día la agradable sensación de pertenecer al colectivo de escritores conquenses. Como resulta obligado, quiero, en primer lugar, felicitar a quienes han llevado el peso de la organización del Congreso y agradecer, como no, la oportunidad que se me brinda de participar en este acto junto a escritores conquenses a los que vengo admirando desde hace mucho tiempo. Es también casi una obligación reconocer el trabajo serio, riguroso y constante de José Luis Muñoz, esa especie de genio renacentista reencarnado en Cuenca cuatro siglos después, que nunca dejará de sorprendernos con ideas a cuál más fascinante. Como ya le dije un día, quienes no tenemos más remedio que dejarnos la piel por tierras inhóspitas, nos reconfortamos al menos cuando comprobamos que en Cuenca quedan todavía un puñado de románticos que mantienen viva la llama de la ilusión mediante iniciativas tan entrañables como la que hoy nos ha juntado aquí.

Se me ha pedido que desgrane unas líneas sobre el libro técnico y aquí me tienen intentando explicar las calamidades de quienes nos embarcamos en la ingrata tarea de escribir sobre materias que a duras penas serán leídas por un puñado de esforzados seguidores. Se habrán imaginado ya que no estoy hablando del investigador de prestigio ni del reputado profesor (y en Cuenca tenemos algunos de los mejores) cuyos libros no son sino la prolongación de su propia actividad profesional y la mayoría de las veces salen de la imprenta rodeados de impresionantes campañas de difusión y de apoyos institucionales, cuando no tienen en los alumnos y discípulos del autor un mercado cautivo de seguros y fieles compradores, suficiente para garantizar por sí mismo las sucesivas ediciones sin apenas mover una pestaña.

Vaya por delante mi reconocimiento sincero para este tipo de autores, porque su producción científica resulta en muchos casos imprescindible para el propio desarrollo de la humanidad. Pero yo he venido aquí a exponer una realidad mucho más modesta. Hablo, por poner sólo algunos ejemplos que a casi todos nos pillarán cercanos, del médico (Javier García Alegría o mi hermano Paco pueden ser uno de ellos) que, al comprobar los resultados positivos de una determinada terapia, siente la obligación de transmitir sus conocimientos a otros profesionales y se pone a escribir una monografía o una ponencia para un Congreso, a base de robarle horas a su familia en el escaso tiempo libre que le deja su trabajo. Hablo del profesional (tanto da un Secretario de Ayuntamiento que un veterinario) que, curtido en mil batallas, vuelca en un libro sus experiencias técnicas de lo que ha venido haciendo a lo largo de tantos años, y a buen seguro que los que están empezando lo utilizarán de muleta en la que apoyarse durante mucho tiempo. Hablo, en suma, de todos aquellos que en algún momento hemos sentido la necesidad de plasmar nuestros conocimientos en un papel sin más pretensión que disfrutar de la noble tarea de escribir y compartir con otros lo que aprendimos en nuestro trabajo.

En mi caso, los vuelcos de la vida dieron con mis huesos administrativos en lo que hoy es el Ministerio de Medio Ambiente y allí tuve la suerte de participar en primera línea de batalla, como actor privilegiado, en la elaboración de las normas ambientales que se han aprobado en este país en los últimos diez años, especialmente todas las relacionadas con los residuos. Y fue entonces cuando me di cuenta que valía la pena hacer un esfuerzo adicional para que todo el trabajo desplegado en tantos frentes hasta que una Ley se publica en el BOE no quedara

arrinconado cogiendo polvo en el oscuro rincón de un archivo, amarrado con un lazo de cinta balduque.

Lo que no me dijeron es que “el esfuerzo” había que hacerlo después de jornadas de trabajo extenuantes y a base de dilapidar las pocas horas que te quedan para compartir con los seres más queridos. No sé lo que hubiera acabado haciendo si algún amigo de los que te aprecian de verdad, escarmentado con su propia experiencia, me hubiera puesto sobre aviso, pero lo cierto es que detrás de estos libros se esconden muchas tardes de domingo y un sinfín de madrugadas sin más compañía que el ordenador y un fondo de música clásica. Eso sí, si algo tiene de bueno esta forma de escribir es que te pone muy fácil la espinosa tarea de buscar una dedicatoria que refleje de verdad en el papel lo que uno ha querido decir con el corazón. En este sentido, perdí poco tiempo en encontrar las palabras necesarias para dedicar el primero de mis libros a mi mujer y mis hijos, *“por las horas tomadas de prestado sin pedirles permiso”*, y no tuve más remedio que volver a sacarlos a escena en el segundo porque, un año después, *“todavía encontraba por los bolsillos, horas que les pertenecían”*.

Y si de ventajas hablamos, no es poca cosa saber de antemano que tienes a un puñado de expertos bien escogidos esperando pacientemente a que vean la luz las letras que vas desgranando por lo que, a fin de cuentas, rara es la vez que no acabas teniendo un número mínimo de lectores que justifique por sí solo el esfuerzo realizado.

Pero, más allá de los problemas que uno ha tenido que solventar para escribir sobre estas cosas, lo cierto es que en mi modesto periplo de escritor medioambiental he viajado siempre acompañado de dos obsesiones, absolutamente confesables. La primera de ellas es que, siempre que he podido, me las he ingeniado para que el nombre de Cuenca saliera a relucir en algún lugar del libro, por más que la materia poco o nada tuviera que ver con las peculiaridades de esta tierra tan querida. La segunda es que, ya que a uno le ha tocado en suerte escribir sobre materias áridas y pedregosas, procuré siempre pasar mis escritos por una pátina literaria que, al menos, los hicieran más digeribles para el lector no especializado.

Y aquí vinieron los problemas, porque reconocerán que no es fácil mezclar la literatura con los residuos urbanos, los vertidos o la contaminación atmosférica, sin olvidar tampoco que una cosa es juntar palabras –ya sea para hablar de residuos o de la aurora boreal- y otra muy distinta hacer literatura con mayúsculas, como muy pocos saben. Pero yo sabía muy bien donde buscar y no paré hasta encontrar la solución que, paradójicamente, también estaba en Cuenca. Tirando por un atajo, acabé dando con mi buen amigo Paco Mora y decidí que mis libros se abrirían siempre con el perfume de sus letras, cogidas a trasmano a poco que tuvieran una palabra que coincidiera con la materia sobre la que yo estaba escribiendo. Y así fue como me presentaron cuando participé con unas letras en “Solos de otoño en el Júcar”, una de esas maravillas entrañables con la que Ramón Herráez nos alegra los sentidos cada cierto tiempo:

“Hace leyes en el Ministerio de Medio Ambiente y escribe libros sobre residuos que, a falta de otros méritos, comienzan siempre con unas letras de su amigo Paco Mora, poeta conquense de versos amarillos”

La verdad es que, a toro pasado, no tengo más remedio que reconocer que al elegir a Paco Mora como compañero de viaje aposté sobre seguro, pero cuando uno se mueve en este campo, todo vale para captar la benevolencia del lector y, a fin de cuentas, lo amigos están para sacarnos de apuros como éstos.

Vean si no cómo viene al pelo el fragmento que tomé prestado para dar comienzo a mi libro sobre la Ley de Envases y Residuos de Envases, después de mucho rebuscar en esa delicia de libro que es “Memoria del silencio”:

*Sucede que me canso de ser hombre,
sucede que camino y me desando
y vuelvo a mí constantemente, pero
ya no hay lluvia en el fondo de mis ojos.
Sucede que en la busca está la huida,
**que mi alma es un envase de vidrio
no retornable**, que hay manchas de sangre
en las sábanas, pero en mi cuarto
no hay nadie.*

Puede que los comentarios sobre la Ley de envases hayan interesado a muy pocos, si exceptuamos a los verdaderamente especialistas en esta materia y a los amigos y familiares del autor, pero estoy seguro de que estos versos de Paco Mora habrán sido suficientes para que todos ellos den por bien gastado el dinero que pagaron por el libro (y, por supuesto, en lo de pagar me refiero sólo a los especialistas).

¿Y qué me dicen de este fragmento, cazado al vuelo mientras Paco Mora desgranaba en el Parque de San Julián su Pregón de la Feria del Libro de 1999, para colocarlo unos días después al comienzo de mi libro sobre la Ley de Residuos?

Decía Paco Mora:

*“Sé que a la vuelta de cualquier cacharro lleno de moléculas y chips que viajan a velocidad de vértigo, un tipo intentará, un día, vendernos unas agallas de quita y pon que nos convertirán en peces a conveniencia o querrá convencernos de que esa cajita que nos ofrece a precio de saldo contiene besos de nuestra madre muerta hace tantos años. Por eso, **ante tanta basura reciclable**, no estaría mal pertrecharse de algo perdurable, por ejemplo, un buen tocho en tapa dura de “Las mil y una noches”. Lo recomiendo a todos encarecidamente porque, si no para leerlo, al menos serviría para lanzárselo como arma arrojadiza (necesariamente letal) a ese sujeto que intenta vendernos un sidecar de sueños falsos sin motocicleta”.*

Después de esto ¿Alguien duda todavía de que puede haber literatura –si bien tomada de prestado- en algunos libros técnicos que hablan sobre residuos?. Desde luego, yo les aseguro que no había visto mejor ejemplo de reciclaje de un libro desde aquella fiesta de fin de curso que acabó también en un banco del parque de San Julián, tomando por almohada el segundo tomo del *Derecho Penal Especial* de Rodríguez Devesa.

Pero habíamos quedado en que veníamos a hablar de literatura ambiental y no de experiencias personales, por más que en las letras que vienen a continuación aparezcan jirones de cosas escritas por uno mismo en otros lugares. Al margen de este socorrido recurso a la propia “intertextualidad”, como en otras muchas ocasiones, tampoco me duelen prendas en comenzar a hablar de literatura ambiental volviendo a coger prestadas las hermosas palabras que escribió el Indio Seattle, Gran Jefe de los Duwamish, cuando respondió en 1855 a la petición del Presidente de los Estados Unidos de vender las tierras en las que vivían, para que pudiera pasar el ferrocarril:

“Somos parte de la tierra ¿Quién puede comprar o vender el Cielo o el calor de la Tierra o la rapidez del antílope? No podemos imaginarlo. Si nosotros no somos dueños del frescor del aire, ni del brillo del agua ¿Cómo vais a poder comprárnoslos?”.

Es cierto que la tierra no nos pertenece y que el ser humano fue capaz de vivir en una armonía más o menos aceptable con el medio que le rodeaba, desde los tiempos más remotos hasta hace poco más de dos siglos. Es más, en los comienzos de la humanidad era el hombre el que se tenía que defender de las agresiones de la naturaleza. Lamentablemente, las nuevas formas de vida derivadas de la Revolución Industrial y muy particularmente la utilización de nuevas fuentes de energía y el tránsito de una sociedad eminentemente agrícola y rural a otra urbana e industrial, cambiaron de forma radical la incidencia de la actividad humana en el medio físico, por lo que se impuso la necesidad de ajustar el crecimiento económico con el mantenimiento de la capacidad de regeneración de los recursos del Planeta. Es, en suma, el reto del "desarrollo sostenible", según el Informe Brundtland *"aquella que cubre las necesidades de la generación actual sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer las suyas"*.

Y en ello estamos. No hay que alarmarse más de la cuenta, pero amenazas tan preocupantes como el cambio climático, el agujero de la capa de ozono, la lluvia ácida, la desertización, la desaparición de especies, los vertidos o la contaminación por residuos, son suficientes por sí mismas para poner en peligro el propio futuro de la humanidad si no se adoptan a tiempo las medidas adecuadas.

Pero vayamos por partes y hablemos, en primer lugar, de la contaminación atmosférica, sobre la que también nos previno el indio Seattle con unas hermosas palabras:

"El aire es un gran valor para el Piel Roja, pues todas las cosas participan del mismo aliento: el animal, el árbol, el hombre, todos participan del mismo aliento. El viento dio a nuestros padres el primer aliento y recibe su último suspiro. Y el viento también infundirá a nuestros hijos la vida. Y si os vendiésemos nuestra Tierra, tendríais que cuidarla cual tesoro, como un lugar donde el hombre blanco sepa que el viento sopla levemente sobre las flores de la pradera".

Ciento cincuenta años después, las amenazas más graves para la conservación del aire proceden de episodios de contaminación que no llegaron a conocer los Duwamish, pero es evidente que sabían muy bien lo que decían, pues hace tiempo que la actividad humana ha convertido la atmósfera en un gran cubo de basura en el que se amontona tal cantidad de sustancias contaminantes que han acabado poniendo en peligro la propia subsistencia de los seres vivos que habitamos el Planeta.

¿Y qué me dicen del ruido? ¿Sabían que la semana pasada arrebatamos a Japón el triste privilegio de ser el país más ruidoso del mundo?. Las consecuencias de la contaminación acústica, son, desde luego, para preocuparse: daños en el oído, alteraciones del sueño, fatiga, decaimiento, aceleración del ritmo cardiaco, hipertensión, impotencia, trastornos hormonales y del aparato digestivo, cuadros de ansiedad, estrés o desordenes de la conducta, por citar solo algunos de los efectos más perniciosos. Con estos antecedentes no se extrañen del título que puso Eduardo Muscar a uno de sus trabajos: *"El ruido nos mata en silencio"*. A fin de cuentas, el indio Seattle también se quejaba ya de que *"no hay silencio alguno en las ciudades de los blancos, no hay ningún lugar donde se pueda oír crecer las hojas en primavera y el zumbido de los insectos"* y

tras este lamento añadía con resignación: “¿Qué es la vida si no se puede oír el grito solitario, el chotacabras o el croar de las ranas en el lago al anochecer?”.

Podemos seguir pasando revista hasta llegar a la pérdida de biodiversidad y no estamos hablando sólo del lince o del águila imperial a los que, por su puesto, hay que cuidar para tengan garantizado que seguirán mucho tiempo entre nosotros. Pero es que cada día están desapareciendo en el Amazonas millares de especies vegetales que en muchos casos esconden el único remedio para enfermedades incurables y eso es un lujo que la humanidad no se puede permitir. Por no hablar del agua y de los problemas que plantea en países como el nuestro, donde siempre ha sido escasa y habitualmente mal aprovechada.

Y si nos metemos con la contaminación por residuos, no hay más que recordar que en España se generan todos los años más de ciento cincuenta millones de toneladas de residuos de muy diverso origen para los que hasta hace muy poco, en el mejor de los casos, no había otra solución que llevarlos a vertederos que muy pocas veces superarían los mínimos requisitos exigidos en la legislación. Sin ir más lejos, cada uno de nosotros generamos al día más de un kilo de basura doméstica y se impone por ello entrar de una vez por todas en la política de las “tres erres” (reducir, reutilizar y reciclar), para acabar cuanto antes con este disparate ambiental.

Como habrán adivinado, es un poco tarde para advertirles de que cuando se habla de medio ambiente no nos referimos a los pájaros y las flores (que también) sino a escenarios de contaminación provocados por la actividad humana que están poniendo en peligro la supervivencia de la especie humana si no se adoptan a su debido tiempo las medidas adecuadas. Y a ello nos tenemos que poner, cada uno en la parte que nos toca, ya sea escribiendo un libro, aprobando una Ley, utilizando el autobús o disminuyendo el consumo de agua.

Hoy en día, las referencias sobre el accidente del “Prestige”, el cambio climático, el “mal de las vacas locas” o el Plan Hidrológico Nacional, hace tiempo que salieron del espacio reservado en los medios de comunicación a las noticias ambientales y forman parte ya de la primera línea del debate político general entre las principales formaciones que aspiran a gobernar el país. Eso hace que todo el mundo opine y que, lamentablemente, en la gran mayoría de los casos –probablemente porque los políticos están acostumbrados a manejar a su antojo sus prisas y sus silencios- el fragor del debate no haya venido precedido de un estudio sosegado del problema por los especialistas, realizado con la prudencia, el rigor y la mesura que aconsejan unas situaciones tan complicadas como algunas de las que hemos comentado.

Y aquí es donde yo quería llegar desde que empecé. Todos tenemos ya inquietudes ambientales sin necesidad de estar afiliados a ninguna organización ecologista y es evidente que los problemas ambientales que amenazan el planeta exigen actuaciones inmediatas, por lo que cada vez se hacen más necesarios los estudios que analicen los problemas y planteen soluciones apoyadas en el rigor técnico, huyendo de planteamientos demagógicos. Tenemos un ejemplo muy claro en el agujero de la capa de ozono. Nadie duda hoy que es un verdadero peligro para la humanidad, al permitir que las radiaciones ultravioletas pasen sin filtrar hasta los seres vivos, ocasionando temibles enfermedades como el cáncer de piel o dificultando el desarrollo de la fauna marina. Pero si en la primavera de 1985 se pudo confirmar la existencia de este agujero en la Antártida, fue gracias al intenso trabajo científico desarrollado desde hacía más de diez años por los profesores Sherwood Rowland y Mario Molina, que más tarde les valió el Premio Nobel de Química. Este es el camino y esto es lo que tenemos que hacer quienes escribimos y trabajamos en materias como

las que aquí hemos comentado, evidentemente, cada uno en el escalón que nos corresponde. Si, además, el escritor ambiental es capaz de pasar sus libros por el tamiz de la literatura, algo habremos ganado los lectores y el medio ambiente en su conjunto pero si no, que nadie desespere, porque siempre nos quedarán Delibes, Julio Llamazares y los versos amarillos de Paco Mora.

Por mi parte, y al margen de otras consideraciones, lamento no poder implicarme más en el futuro de una tierra de la que nunca debí salir, pero a veces la vida nos lleva por lugares en los que la hierba del tiempo –que no el olvido – va borrando poco a poco las sendas de regreso. Puede que sea verdad que hay que irse fuera para apreciar la auténtica belleza que esconden estas piedras, esta ciudad y esta gente y puede también que esté ya a la vuelta de la esquina ese futuro tan espectacular que nos auguran todos los pronósticos. Pero dejadme que os recuerde que queda mucho por hacer y que hay otros sitios y otras gentes muy cercanos a nosotros que también están luchando por un futuro parecido y van más adelantados en sus deberes.

Por último, no me queda sino manifestar nuevamente mi satisfacción por habernos juntado hoy aquí y concluir estas líneas retomando las palabras con las que terminé de contar en “Solos de otoño en el Júcar” la experiencia infantil de mi primer viaje a Cuenca desde mi pueblo, como dije entonces, *“con la inocencia a cuestas de mis diez años recién cumplidos”*:

“Han pasado más de treinta años y todavía me emociono al recordar cómo me deslumbraron los viejos edificios recortados sobre las moles de piedra de figuras caprichosas y la grandiosidad del Seminario con su pared rojiza colgada sobre el río, bajo la Torre de Mangana. Poco importa ya si era otoño o si vieron de verdad el Júcar aquellos ojos de niño extasiado. Lo que quiero que sepáis es que mis pasos me llevan al Puente de San Antón cada vez que vuelvo a Cuenca y os juro que el espectáculo sigue siendo igual de hermoso, todos los días del año”.